

Elizabeth Forsythe Hailey

Una mujer de recursos

Traducción de Concha Cardenoso Sáenz de Miera

Primera edición, 2015

Título original: *A Woman of Independent Means*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

© Elizabeth Forsythe Hailey, 1978

© de la traducción, Concha Cardenoso Sáenz de Miera, 2015

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-16213-20-7

Depósito legal: B. 1.824-2015

Impreso por Reinbook S.L.

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de cubierta: Jordi Duró

Diseño de colección: Enric Jardí

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

*A mi abuela,
cuya vida ha inspirado estas cartas,
y a mi marido,
que me ha inspirado a mí.*

Prólogo

Hollins College (Virginia), mayo de 1998

Querido lector:

Nací en 1938 y parece que cada veinte años se produce una experiencia decisiva que cierra un capítulo de mi vida y me propulsa hasta el siguiente.

El año 1958 lo pasé en París, en un curso de un año en el extranjero que ofrecía mi alma máter, el Hollins College de Virginia. Era la primera vez que salía del país y la experiencia de vivir en una cultura diferente —entre personas que, además de hablar en otro idioma, lo hablaban con mucha más precisión y placer que yo mi lengua materna, el inglés— cambió para siempre la idea que tenía de cómo deseaba vivir. No sabía lo que me depararía el futuro ni con quién lo viviría, pero resolví que sería en un mundo más ancho que el de los convencionalismos en el que me había criado. Y tenía la sensación de que escribir me proporcionaría el pasaporte.

El año siguiente, cuando trabajaba en el periódico de mi ciudad natal, *The Dallas Morning News*, conocí a un aspirante a dramaturgo, Oliver Hailey. Nos casamos y nos trasladamos a Nueva York y después a California, donde nacieron nuestras dos hijas, Kendall y Brooke. Como muchas mujeres casadas

de mi generación, me debatía con lo que Betty Friedan llamó «el conflicto que no tiene nombre». Me había casado con un hombre cuyas necesidades y ambiciones parecían a menudo tan superiores a las mías que a veces perdía de vista lo que era yo y lo que todavía aspiraba a ser. Tenía que buscarme un trabajo propio... a ser posible, algo que pudiera hacer en la mesa de la cocina o en un dormitorio vacío, y que me dejara tiempo para ayudar a las niñas con los deberes y hacer la cena por la noche.

La idea de escribir una novela parecía muy audaz pero sumamente apropiada. Mi marido trabajaba en casa y le gustaba tenerme a mano para hacer de conejillo de Indias con sus obras de teatro y de colaboradora ocasional en proyectos de televisión. Sin embargo, yo tenía poca fe en mi pericia para escribir ficción, después de que casi me suspendieran el único curso de escritura creativa al que había asistido en mi vida (el profesor me dijo que me aprobaba por los pelos solo porque era nuevo en la facultad y no le apetecía suspender a nadie en el primer semestre de ejercicio).

Para superar el temor que me inspiraba la ficción, se me ocurrió la idea de una novela en forma epistolar. Iba a titularse *Cartas de una casada fugitiva*. A mi marido no le gustó la idea. Me dijo que la moda de las casadas que se fugan de casa habría pasado antes de que terminara de escribir el primer borrador.

—¿Por qué no escribes sobre una mujer que se libera sin tener que irse de casa? —me aconsejó—. Una mujer como tu abuela.

Lo consulté con la almohada y me pareció que tenía razón. Aunque mi abuela no había sido una heroína al uso, se había enfrentado a los convencionalismos de su época; su historia era un retrato en miniatura de los grandes cambios que se produjeron en el siglo XX en la vida estadounidense.

Por otra parte, conoció más tragedias que las que podría inventarme para una heroína de ficción. Comparada con ella, la vida apenas me había rozado. Supuse que si me ponía en su

lugar y pasaba por lo mismo que ella, aunque solo fuera en la imaginación, descubriría el origen de su fortaleza y su alegría de vivir, que conservó intactas hasta la vejez.

Pero la idea de una novela en forma epistolar seguía fascinándome. Las cartas son un excelente recurso dramático, abarcan el tiempo, hacen innecesaria la descripción narrativa y, lo más importante, incitan al lector a que se imagine la acción omitida. Además, deseaba escribir una novela que quisiera leer mi marido, que perdía la paciencia con la prosa, porque, como todos los dramaturgos, tenía que adaptarse a la estricta economía de la escena.

Y así, tomando como referencia los grandes acontecimientos de la vida de mi abuela, intenté imaginarme las cartas que podía haber escrito desde la infancia hasta la vejez y, de paso, dejar constancia de lo dramática y novelesca que puede ser una vida aparentemente normal. Y de lo rápido que pasa. Mientras escribía el libro me di cuenta de que el único malo de la película era el tiempo.

En 1978 —cuando se acercaba mi cuadragésimo cumpleaños— se publicó *Una mujer de recursos*, que me lanzó en mi nueva carrera de novelista. La mejor crítica fue la de una amiga de mi abuela: «¡Muy propio de Bess —dijo— hacer copia de todas sus cartas en papel carbón!».

El consejo que suele darse a los escritores es: «escribe sobre lo que conoces», pero siempre lo enmiendo así: «escribe sobre lo que puedas imaginarte que conoces». La experiencia de amar a un marido o a un hijo proporciona conocimiento suficiente para imaginarse el sufrimiento de perderlos.

Mientras trabajaba en *Una mujer de recursos* creía que estaba escribiendo ficción. Ahora sé que, en realidad, al recrear la vida de mi abuela, trazaba el mapa de mi propio futuro.

Cuatro años después de la publicación del libro, cuando me preparaba para una gira de presentación de mi segunda novela, *Life Sentences*, a mi marido, que me había animado y ayudado

en todas las dificultades, le diagnosticaron párkinson, una enfermedad degenerativa que ataca el sistema nervioso y para la que todavía no hay cura. Cuando llevaba diez años luchando contra ella, le dijeron que padecía un cáncer inoperable. Murió en casa al cabo de una semana, rodeado de amigos y familiares. Nunca había visto morir a nadie, pero había estado con Bess cuando se acostó al lado de su marido moribundo y se despidió de él. Entonces comprendí que yo haría lo mismo, pero no me imaginaba que sucedería tan pronto.

Ese mismo año, mi madre sufrió repentinamente un derrame cerebral muy grave al que los médicos no creían que sobreviviera. Nos dejó asombrados a todos al recuperar la conciencia y el habla. Nos dimos cuenta de que empezaba a recuperarse cuando, en el centro de rehabilitación, corrigió a un terapeuta joven, que le preguntó si estaba cansada y si quería «echarse». Con un vozarrón que le salió de lo más hondo del alma, le dijo: «¡Acostarse! ¡Se echan los desperdicios a la basura! ¡Las personas se acuestan!».

Entonces me di cuenta de que la saga que había empezado con mi abuela seguía su curso, y por fin he empezado a trabajar en la continuación que no sabía cómo escribir. Es la historia de la generación de mi madre: una generación de mujeres en conflicto con sus hijas, que parecían pedir a la vida mucho más que ellas y, por eso mismo, era como si juzgaran la de sus madres y la encontraran insuficiente.

Ahora, veinte años después de la publicación de *Una mujer de recursos*, me acerco a otro momento decisivo coincidiendo con mi sexagésimo cumpleaños.

He vuelto a Hollins College para el semestre de primavera: esta vez, en calidad de escritor residente de la Biblioteca Wyndham Robertson (a pesar del aprobado por los pelos en escritura creativa, aquella primera vez). Mis hijas ya son mayores e independientes. Mi marido, con quien tantas aventuras viví, se ha embarcado en la última sin mí y ahora estoy preparándome otra

vez para salir de este confinamiento en busca de mi vida de mujer sola. Escribo un diario todas las mañanas, pero en el fondo sé que son notas para la tercera novela de la saga generacional que empezó con mi abuela, en la que contaré mi historia.

Continuará...

ELIZABETH FORSYTHE HAILEY

Una mujer de recursos

Honey Grove (Texas), a 10 de diciembre de 1899

Querido Rob:

Le he pedido a la señorita Appleton que nos ponga en el mismo equipo para el concurso de ortografía. Como somos los únicos de cuarto que sabemos deletrear «perspicaz», seguro que gana nuestro equipo.

¿Puedes venir después de clase? El jardinero está despejando el arriate de malvarrosa y hay más sitio para jugar a pillar. Fue idea mía.

Bess

Honey Grove, a 2 de enero de 1900

Querido Rob:

¡Feliz siglo nuevo! Ojalá viva hasta que empiece el siguiente milenio (si no sabes lo que significa te lo digo después de clase).

¿Puedes venir hoy? Quiero enseñarte lo que me han regalado por Navidad. Me han regalado todo lo que pedí, como siempre.

Bess

Honey Grove, a 30 de mayo de 1902

Querido Rob:

¡Buenas noticias! Mi padre ha alquilado el terreno del centro para que pongan un tiovivo en verano. Lo he convencido para que cobre la mitad del alquiler en pases. Te daré la mitad de los que me toquen y nos montaremos todas las veces que queramos, hasta que empiecen las clases otra vez.

Bess

Honey Grove, a 8 de febrero de 1906

Querido Rob:

Este ha sido el invierno más largo de mi vida. Ojalá mis padres te dejaran subir a mi cuarto cuando me traes los deberes, pero, como sabe todo el mundo, la tuberculosis es contagiosa.

Me da pena que en septiembre vayas a ir un curso por delante de mí. ¡Y pensar que con solo quince años ya he perdido uno de mi vida...! Pero lo recuperaré y no volveré a perder ni un solo día.

Tu Bess

Mary Baldwin College, Staunton (Virginia),
a 1 de mayo de 1909

Querido Rob:

Ya he visto suficiente mundo o, al menos, del mundo sin ti. El internado está bien, pero es solo el principio de todo lo que quiero conocer. Puedo seguir sola perfectamente. El mes que viene vuelvo a casa para quedarme.

El día de tu graduación estaré en primera fila. Por favor, no aceptes ninguna oferta de trabajo hasta que llegue yo.

Siempre tuya,

Bess

Staunton, a 5 de mayo de 1909

Queridísima mamá:

Dentro de un mes vuelvo a casa y Rob y yo nos casaremos este verano. No le cuentes nada, por favor, quiero ser la primera en decírselo.

Me gustaría celebrar la boda en el salón principal de casa. Es magnífico, mucho más que cualquiera de las iglesias de Honey Grove, y en él he sido más feliz. Supongo que pasarán muchos años hasta que Rob y yo podamos tener una casa tan bonita, pero quiero que se dé cuenta de lo que espero de él.

Tu hija, que te quiere,

Bess

Staunton, a 20 de mayo de 1909

Queridísimo papá:

Te aseguro que los estudios significan para mí más incluso que para ti. Tengo la firme intención de seguir educándome, pero, como no creo que eso se acabe nunca, ¿para qué voy a quedarme más tiempo en el internado?

Quiero a Rob y deseo vivir siempre con él. Sé que su familia no tiene dinero y que él no puede permitirse una boda ahora, pero la mía sí y yo puedo. En los próximos años tendrá que tomar decisiones que van a determinar toda su vida. Si lo que quiero es compartir esa vida, y quiero, tengo que tomar parte en esas decisiones.

Tu obediente hija,

Bess

Dallas (Texas), a 10 de noviembre de 1909

Queridísimos mamá y papá:

Os echo mucho de menos, pero ahora hasta Rob reconoce que tenía razón al insistir en trasladarnos aquí para que trabajara

en el sector inmobiliario, en vez de seguir los pasos de su padre y dedicarse a la enseñanza en Honey Grove.

La semana pasada vendió una gran manzana de terrenos en el centro y me regaló un caballo y un birlocho para celebrarlo. El domingo vamos a entrar en la congregación de la catedral episcopal de St. Matthew. Esta decisión no tiene nada que ver con vosotros, por favor, no os lo toméis como algo personal. Me gustaba la congregación metodista de la iglesia de Honey Grove, pero en Dallas hay más de todo donde elegir, incluso iglesias.

Vuestra hija, que os adora,
Bess

Dallas, a 2 de abril de 1910

Queridísima mamá:

Perdóname por estos garabatos, pero todavía me tiembla la mano por culpa de un sueño que me parece más real que la luz del día que se lo ha llevado.

Llevaba tres días muerta, pero Rob seguía sentándose frente a mí para cenar, durmiendo a mi lado por la noche y dándome un beso de despedida por la mañana sin ver que había dejado de respirar.

Esa indiferencia suya en el sueño me afectó tanto que esta mañana, cuando se fue a la oficina, me hice la dormida. Últimamente me dice que me quede en la cama hasta más tarde, sospecho que prefiere desayunar solo con el periódico. Y el sueño me hace pensar que en el fondo sospecho muchas cosas más.

Queridísima mamá, la víspera de la boda me preguntaste si tenía alguna duda que consultarte. En aquel momento no tenía ninguna, pero ahora me abruma. No son dudas sobre lo físico, no te preocupes. En ese aspecto, Rob me ha dado respuestas a preguntas que ni siquiera sabía que existieran. La verdad es que nada de lo que había leído o imaginado me había preparado para la pasión física que los votos matrimoniales pueden desatar

en unos castos novios de la niñez. Solos en la oscuridad, Rob y yo somos una unidad perfecta, completa e inseparable, las dos mitades iguales de un todo.

Es durante el día cuando se rompe el equilibrio. Mi pesadilla comienza al amanecer, cuando se levanta para ir a trabajar y me deja dormir todo el día, si quiero. Lo único que me pide es que le esté esperando cuando vuelve por la noche. Y a veces sospecho que tampoco protestaría si me encontrara todavía en la cama. Él es mi vida entera de día y de noche, pero yo de día solo soy una parte muy pequeña de la suya.

¿Soy la única mujer casada que tiene esta sensación de ser tan inútil, de estar tan desaprovechada y tan sola? No preguntaría estas cosas a nadie más que a ti, queridísima mamá. E incluso me parecería que el mero hecho de pensarlas es una traición a Rob, si no fuera porque mis sueños delatan tan claramente mis dudas.

No me contestes por escrito, por favor. Pienso ir a veros la semana que viene, así que ya hablaremos largo y tendido en privado. No quiero arriesgarme a que Bob descubra que el príncipe encantador, lejos de despertar a la bella durmiente con un beso, la ha vuelto a dormir.

Te quiere y te necesita,
Bess

Honey Grove, a 8 de abril de 1910

Corazón mío:

Duermo en mi antigua habitación y todas las noches sueño que estás conmigo, me despierto sola por la mañana y me duele tu ausencia. Pero, aunque estamos separados, siento un nuevo latido por debajo del mío que me une a ti para siempre.

Rezo para que mi madre viva lo suficiente para ver a su primer nieto, aunque cada día está más débil. No ha vuelto en sí desde

que llegué. Ahora tengo que estar con ella. ¡Si al menos pudiera hacerle comprender cuánto la necesito todavía...!

Siempre tuya,
Bess

Dallas, a 15 de noviembre de 1910

Queridísimo papá:

Acabo de recibir la carta en la que me explicas las condiciones del testamento de mamá. No tenía la menor idea de que fuera una mujer de recursos propios. Siempre creí que el origen de su sentido de la dignidad y la autoestima era de cariz espiritual.

Te ruego que no pienses más en cómo me las voy a arreglar para administrar una cantidad de dinero tan grande. El interés que me va en ello seguro que compensará la falta de experiencia.

Por favor, no olvides que comparto tu soledad y tu dolor todas las horas del día, aunque esté ocupada con mi propia familia. Tenemos muchas ganas de que vengas a casa la próxima semana a celebrar con nosotros la primera fiesta de Acción de Gracias de tu primer nieto.

Tu hija, que te adora,
Bess

A 10 de enero de 1911

A QUIEN PUEDA INTERESAR:

Con fecha de hoy, Elizabeth Alcott Steed ha hecho un préstamo de \$ 20.000 (veinte mil dólares) a Robert Randolph Steed, su marido, que será reembolsado a razón de \$ 1.000 (mil dólares) al año durante veinte años.

Elizabeth Alcott Steed

TESTIGOS: Annie Hoffmeyer, ama de llaves
Hans Hoffmeyer, jardinero

INVERSIONES INMOBILIARIAS FLORENCE AND FIELD
tiene el placer de comunicar la incorporación de
Robert Randolph Steed a la empresa.
Se celebrará una recepción en su honor
el domingo, día 2 de abril,
de tres a cinco de la tarde,
en el Club de Campo de Dallas.

R.S.V.P.

Dallas, a 1 de mayo de 1911

Junta Directiva
Club de Campo de Dallas
Dallas (Texas)

Muy señores míos:

Gracias por la pronta respuesta a nuestra solicitud de ingreso.
Acompaño cheque para cubrir tarifa de inscripción y primera
mensualidad.

Cordialmente,
Señora de Robert Randolph Steed

A 10 de junio de 1911

Recibí de Robert Randolph Steed la suma de \$ 1.000 (mil dólares). Saldo pendiente de amortización: \$ 19.000 (diecinueve mil dólares).

Elizabeth Alcott Steed

TESTIGOS: Annie Hoffmeyer
Hans Hoffmeyer

Dallas, a 8 de agosto de 1911

Querido padre Steed:

Siento mucho la noticia de su enfermedad y espero que se recupere enseguida para volver a su puesto en el equipo directivo de su centro docente.

Por favor, permítanos ayudarlos a madre Steed y a usted en todo lo que podamos. Dedicar la vida al servicio público tiene sus compensaciones, no lo dudo, pero entre ellas no está el desahogo económico.

En los dos años que llevamos casados, Rob se ha labrado una buena posición en el sector inmobiliario. Sé que le decepcionó que no siguiera sus pasos, pero si hubiera elegido dedicarse a la docencia, habría vivido siempre a la sombra del éxito de su padre y predecesor; en cambio, ahora brilla con luz propia.

Espero que esté tan orgulloso de él como yo y se lo haga saber cuando lo vea.

Le mando con Rob todo mi cariño y mis más sinceros deseos de pronta recuperación.

Bess

Dallas, a 10 de septiembre de 1911

Corazón mío:

Qué tristes son las noches en esta casa sin ti. La soledad me abrumba. No obstante, comprendo que el estado de tu padre requiere atenciones mucho más urgentes que las mías.

Ahora que el embarazo es tan evidente, procuro cumplir las normas y limitar el paseo diario a los confines de nuestra propiedad. Sin embargo, hoy hacía una mañana tan espléndida que no he podido resistirlo y me he ido con Robin en el birlocho a

dar una vuelta por Rawlins Street. Me he llevado una gratísima sorpresa al ver un cartel que anunciaba la venta del solar de la esquina que tantas veces hemos admirado. En tu ausencia, me pareció que no tenía más remedio que hacer una oferta sin pérdida de tiempo. Por fortuna, el decoro no impide que las mujeres en mi estado gasten dinero.

Ven pronto a casa, corazón mío... a tomar posesión del legado de mi amor.

Siempre tuya,
Bess

Dallas, a 20 de diciembre de 1911

Queridísimo papá:

Estamos encantados de que vengas a pasar la Navidad con nosotros y traigas a la señorita Bromley. Parece una mujer de cualidades admirables. En mis tiempos de estudiante, fui varias veces de visita a Mineola, pero las únicas Bromley que recuerdo eran chicas de mi edad. Seguro que tu señorita Bromley será una familiar de más edad.

Tu tocayo está muy bien. Con solo seis semanas, ya hace gala del natural distinguido de su abuelo materno. Nunca llora, pero reclama toda nuestra atención con su sola presencia. Su hermano mayor no está nada celoso, sino que trata al pequeño como una curiosidad más en un mundo que, de repente, ahora que empieza a andar, tiene al alcance de la mano.

Me reúno casi a diario con el arquitecto que está haciendo los planos de la casa nueva. Empezarán a construirla tan pronto como nos pongamos de acuerdo en todo... A principios del año que viene, espero.

Un beso hasta que nos veamos.
Tu hija, que te adora,
Bess